

III

Hacía doce días que Jorge estaba de viaje, y á pesar del calor y del polvo, Luisa se vistió para ir á casa de Leopoldina. Ella sabía que si Jorge lo llegara á saber tendría un disgusto. ¡Pero hallábase tan harta de estar sola! ¡Se aburría tanto! Durante la mañana se distraía con los cuidados domésticos de la casa, con sus labores, con alguna novela. ¡Pero por la tarde!...

A la hora en que Jorge acostumbraba á volver del Ministerio, parecía que su soledad aumentaba. Echaba de menos su campanillazo y sus pisadas en el pasillo. Al anochecer, se entristecía sin causa, caía en una vaga melancolía; sentada al piano recordaba los fados tristes, y las cavatinas apasionadas. ¡Los pensamientos románticos que entonces exhalaban su mente! Luego, de noche, sola, como perdida en el amplio lecho conyugal, sin poder cerrar los ojos, desvelada por el calor, era presa de terrores y agitaciones de viuda.

No estaba acostumbrada, no podía estar sola. Hasta tuvo la idea de llamar á su lado á la tía Patrocinio, una parienta anciana que vivía en Belén, así

cuando menos tendría alguien que la acompañase.

Luego, reflexionándolo, no lo hizo; temió aburrirse más en compañía de aquella anciana, alta, flaca y taciturna, siempre haciendo calceta, cabalgados sobre la nariz los enormes quevedos montados sobre guarnición de concha.

Aquella mañana había pensado en Leopoldina, y se sintió feliz al poder visitarla y cuchichear con ella durante las aburridas horas de la tarde.

Peinábase ante el espejo en corsé y enaguas. La camisa descotada mostraba los hombros blancos, una armónica redondez y el cuello terso donde azuleaban las venas y sus brazos torneados, un poco rosados hacia el codo, que al alzarse para arrollar los cabellos y sujetar las trenzas, descubrían ocultos nidos formados de vello ensortijado y rubio.

Acababa de lavarse y aun conservaba su piel el húmedo rosado del agua fría y flotaba en la habitación un agradable perfume de colonia. Las cortinas de muselina blanca sumían la habitación en una luz cernida con tonos lechosos.

¡Ah! Positivamente iba a escribir a Jorge para que volviese cuanto antes. Quizás sería mejor que ella misma fuese a Evora para sorprenderle. Llegaría de pronto a eso de las tres y cuando él regresase cubierto de polvo, rendido de calor, con los lentes azules y el sombrero de anchas alas; se echaría en sus brazos loco de alegría. Después, al anochecer, con su vestido fresco, todavía molida del viaje, daría una vuelta con Jorge para ver la ciudad. Todos se admirarían al verla pasar por las calles estrechas y solitarias; los dependientes saldrían a las puertas de las tiendas. ¿Quién es?—Es una señora, es la mujer del ingeniero.—Un largo y adulator murmullo se levantaría a su paso.

Primo Basilio—5

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

Delante del tocador, acabando de abrocharse el vestido, Luisa sonreía á sus pensamientos y á su rostro que se reflejaba en el espejo.

La puerta del cuarto giró suavemente.

—¿Quién es?

La voz plañidera de Juliana. dijo:

—Si me permite la señora iré á casa del médico.

—Vaya usted, pero no tarde. Estíreme la falda.

¿Pero qué es lo que usted tiene?

—Palpitaciones, señora... en el corazón... he pasado toda la noche sin dormir.

Estaba más amarilla que nunca, con los ojos apagados y la faz envejecida. Llevaba puesto un vestido de merino negro, ya usado.

—Está bien, vaya usted, pero déjelo todo arreglado antes de irse y no tarde, ¿ha oído usted?

Juliana salió y se dirigió á la cocina. La cocina era grande, estaba situada en el segundo piso y recibía la luz por el patio. La cocinera andaba tragiando. Juliana la dijo:

—Ya hablé con la señorita y me ha dado permiso, señora Juana. Dice que puedo ir. Voy á vestirme. La señorita estaba acabando de arreglarse para salir. Queda usted dueña de la casa, señora Juana.

La cocinera se puso roja de alegría. Después comenzó á cantar de pechos sobre la ventana sacudiendo una alfombra maltrecha. Durante esta operación no apartaba los ojos de una casa baja situada enfrente, pintada de amarillo y con amplio zaguán.

Era la carpintería del tío Juan Gallo, donde trabajaba su novio. La pobre Juana bebía los vientos por aquel muchacho. Se llamaba Pedro, era un mozo alto, pálido, con un gran aspecto de fatiga en toda su persona. Juana era de Avintes, en la ribera del Miño, de familia labradora, y aquel tipo lisbo-

nense, flaco y anémico la sedujo por el contraste. Como Juana no podía salir entre semana, introducíale en casa por la puerta trasera cuando tenía la fortuna de quedar sola, para lo cual colgaba en la ventana como aviso, la alfombra raída donde aun se advertían los cuernos de un venado.

Era una moza fuerte, con pechos de nodriza y cabellos de azabache lustrosos de aceite. Tenía el perfil corto, de plebeya voluntariosa y terca, las cejas juntas, hacían aparecer más negros sus ojos.

Viéndola colgar la alfombra, Juliana murmuró:

—La señora Juana ya ha puesto la contraseña.

La cocinera se puso roja. Juliana continuó:

—No se apure, mujer, ¿qué mal hay en eso?

Juliana estaba al tanto de los amores de la cocinera, pero guardaba el secreto porque necesitaba de ella... Juana le daba caldos entre horas ó le hacía un filete á escondidas de la señorita. Su puritanismo de solterona la hacía renegar de aquel escándalo, pero bien pensado, se dejaba mimar porque su complacencia proporcionaba dulzuras sin cuento á sus aficiones de golosa.

Después de una larga pausa Juliana murmuró:

—Yo, en el lugar de usted, señora Juana, le daría lo mejor de la comida. No hay tontería mayor que tener escrúpulos á causa de los amos. La ven á una morir como si fuese un perro.

Con una sonrisa amarga que mostraba sus dientes amarillos, añadió:

—¿Sabe usted lo que me ha dicho la señorita, señora Juana? Que no me detuviese mucho en casa del médico. Es como decirle á una "cúrate ó revienta de una vez." Suspiró profundamente y tomó una escoba de un rincón.

—Nos toman por bestias de carga, señora Juana. Bajó y se puso á barrer el corredor llevando el

polvo hacia el rellano, con ese ruido especial del esparto que frota sobre la madera. Toda la noche había estado mal. En su cuarto, allá arriba bajo el tejado, se ahogaba y el olor de los ladrillos recalentados le producían mareos desde el comienzo del verano. Respiraba con dificultad. La noche anterior había arrojado cuanto había comido. Y estaba en pie desde las seis de la mañana, sin un minuto de descanso, disponiendo, traginando de una parte á otra, con el estómago revuelto y un amago de dolor en el costado. Acababa de abrir la puerta de la escalera y entre suspiros daba escobazos contra el pasamano.

—¿Está en casa la señora?

Volvióse sorprendida. En uno de los últimos escalones estaba un hombre que le pareció extranjero. Era alto, moreno, con el bigote levantado y una flor en el hojal. El charol de sus zapatos resplandecía.

—La señora vá á salir,—dijo Juliana mirándole con curiosidad.—Si el señor quiere darme su nombre...

El caballero sonrió.

—Dígale usted que es para un negocio... para un negocio de minas.

Luisa delante del tocador ya con el sombrero puesto colocaba una rosa de te en un hojal del corpiño.

—Un negocio—repitió sorprendida.—Debe ser algún recado para Jorge. Dígale usted que pase. ¿Qué clase de hombre es?

—Un caballero bien portado.

Luisa se bajó el velo, abrochóse lentamente los guantes de piel de Suecia claros, ahuecó ante el espejo su corbata de encajes y abrió la puerta del salón. Pero retrocedió ruborizada y llena de asombro. Le había reconocido: ¡era el primo Basilio!



Hubo entre ambos un *shake-hands* largo y un poco trémulo. Ella con toda la sangre en el rostro, sonriendo vagamente y con los ojos bajos, él envolviéndola en una mirada llena de admiración. Pero las palabras y las preguntas llegaron pronto y se sucedieron rápidamente. ¿Cuándo había llegado? ¿Le había reconocido ella? Cómo había él averiguado donde vivía? Había llegado la víspera en el vapor de Burdeos y se había informado en el Ministerio donde supo que Jorge estaba en el Alentejo, dándole su dirección.

—¡Cómo has cambiado, Dios mío!—dijo él.

—¿Envejecida?

—No tal, embellecida.

Hablaban alto y con viveza. Luisa le preguntó qué había hecho y si pensaba quedarse en Lisboa. Luego abrió las maderas de la ventana y entró la luz más viva. Se sentaron; él en el sofá, con perezosa actitud, ella al lado, sobre el borde de una butaca con las manos temblorosas y toda nerviosa. Había dejado, dijo él, los trabajos forzados del destierro y venía á respirar un poco de aire á la vieja Europa. Había estado en Constantinopla, en Tierra

Santa, en Roma. El pasado año lo había dedicado á París.

Venía de allá, de aquel encantador París. Hablaba lentamente inclinándose hacia ella con un aire íntimo, extendiendo cómodamente sobre la alfombra sus pies calzados con zapatos de charol.

Luisa le miraba. Hallábase más varonil y más morena. En su cabello negro y rizado, ahora lucían algunos hilos de plata: pero el bigote, pequeño, conservaba su antiguo aspecto juvenil orgulloso é intrépido y los ojos, cuando reía, la misma dulzura húmeda de fluído. Reparó en su alfiler de herradura adornado de perlas que se destacaban sobre la corbata de raso negro y en sus caleetines de seda bordados de estrellas. Decididamente, el Brasil no le había vulgarizado. Volvía más interesante.

—Pero tú, cuéntame ¿qué es de tú vida? decía él con una sonrisa inclinándose hacia ella. ¿Eres feliz? ¿Tienes un chiquitín, verdad?

Luisa rióse.

—No. ¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo habían dicho. ¿Va á estar mucho tiempo fuera tu marido?

—Tres ó cuatro semanas.

—¡Cuatro semanas! Casi la viudez.

Le pidió permiso para ir á verla á menudo y á hacerle compañía.

—¿Por qué no? Eres el único pariente que me queda.

Era verdad. La conversación se hizo íntima y melancólica: recordaron á la madre de Luisa, á la tía Jojo, como la llamaba Basilio. Luisa contó su muerte, muy dulce, en una poltrona, sin un gemido.

—¿Dónde está enterrada?—preguntó Basilio con

una voz grave; y añadió estirando con un gesto solemne los puños de su camisa de batista.

—¿Estará en nuestro panteón?

—Sí.

—Iré allá. ¡Pobre tía Tojo!

Hubo una pausa.

—¿Pero tú te disponías á salir?—exclamó Basilio de repente, queriendo levantarse.

Luisa protestó.

—No, no. Estaba aburrida, no sabía qué hacer y quería tomar un poco el aire.

El todavía dijo:

—Por mí no te quedés.

—¡Qué locura! Iba á casa de una amiga á pasar la tarde.

Y se quitó el sombrero. En aquel movimiento los brazos levantados descubrieron las formas del seno, acusándolas suavemente.

Basilio se retorció el bigote. Viendo que Luisa se quitaba los guantes, murmuró:

—En otro tiempo era yo quien te ponía y te quitaba los guantes... ¿Te acuerdas?... ¿Aun tendré el privilegio, creo yo?

Luisa se rió.

—Pues yo creo lo contrario.

Basilio dijo lentamente con los ojos fijos en la alfombra:

—¡Ah! Cómo cambian los tiempos.

Después habló de Colares; su primera idea al desembarcar, fué la de ir á ver la quinta. ¿Existía aún la mecedora bajo el castaño? Se había conservado el tiesto de rosas blancas junto á aquel Cupido de yeso que tenía un ala rota? Luisa había oído decir que la quinta era ya propiedad de un brasileño que había hecho en ella muchas mejoras, ahora tenía dando vista al camino, un mirador, adornado con

gruesas bolas de vidrio y la antigua casa de familia había sido derribada y reemplazada por otra nueva, amueblada por Gardé.

—Nuestra pobre sala de billar pintada de amarillo, —dijo Basilio con pesaroso acento. Después, mirando intensamente á Luisa, añadió:

—¿Te acuerdas de nuestras partidas de billar?

Luisa, sonreía confusa, torciendo sus guantes con los dedos.

Basilio alzó los hombros con tristeza y quedó mirando los dibujos y flores de la alfombra. Pareció entregarse á los recuerdos de un pasado lejano y melancólico.

—¡Aquellos fueron mis buenos tiempos!

Luisa podía contemplar la cabeza de Basilio inclinada por el recuerdo de la felicidad pasada. Su cabellera negra partida, por una estrecha raya, estaba sembrada de hebras blancas. Ella misma sentía que una vaga emoción la embargaba el pecho. Levantándose, abrió la ventana como si quisiera con un exceso de luz disipar su turbación. Volvió á sentarse y le habló de París y de Constantinopla.

Ella amaba los viajes.

Sofía con países remotos. Siempre había deseado ir á Oriente, seguir las caravanas, balanceándose sobre el lomo de los camellos sin miedo del desierto ni de las fieras.

—¡Qué valiente te has vuelto! —dijo Basilio. —En otro tiempo tenías miedo de todo... Hasta de la cueva en nuestra casa de Almada.

Luisa enrojeció. Recordaba muy bien aquella cueva con su suelo resbaladizo y su frescura húmeda que daba escalofríos. Un candil de aceite colgado del muro alumbraba con claridad triste y humosa las grandes y oscuras vigas cubiertas de telas de araña y la fila tenebrosa de panzudos toneles. Basi-

lio la había dado algunas veces en los rincones besos furtivos...

Por disimular su turbación preguntó á Basilio qué había hecho en Jerusalén y si era bonito.

—Es curioso. Por la mañana, después del desayuno, iba un momento al Santo Sepulcro. Luego montaba á caballo... El hotel no era del todo malo y se encontraban inglesas bonitas. Había hecho amistades ilustres.

Decía todo esto meciendo sus piernas cruzadas; su amigo, el patriarca de Jerusalén, su anciana amiga la princesa de Latour de Auvergue. Pero el mejor momento, según él, era por la tarde en el Huerto de los Olivos; teniendo ante sus ojos las murallas del templo de Salomón y la humilde aldea de Bethania, donde Marta hilaba á los pies de Jesús. A lo lejos, el mar Muerto brillaba inmóvil bajo los rayos del sol. Entonces, sentado sobre un banco, pasaba momentos deliciosos fumando tranquilamente su pipa.

—¿No has corrido ningún peligro?

—Tampoco han faltado: una espantosa tempestad de arena en el desierto de la Arabia Petrea. ¡Pero qué delicioso viaje con sus caravanas y sus campamentos!

Y describía su traje, compuesto de una manta de pelo de camello, rayada de rojo y negro, un puñal de Damasco pendiente de un cinturón de Bagdad y la larga lanza de los beduinos.

—Eso te debía estar muy bien.

—Muy bien. Tengo fotografías. Te daré una. Luego añadió:

—¿Sabes que te traigo algunos regalos?

—¿De veras? —dijo ella con los ojos brillantes.

—Primeramente lo mejor; un rosario.

—¿Un rosario?

—Sí, una reliquia bendecida por el patriarca de

Jerusalén sobre la tumba de Cristo. Con muchas indulgencias concedidas por el Papa.

Porque había visto al Papa, un viejecito todo vestido de blanco.

—Antes no eras devoto, — dijo Luisa.

Ni lo soy; pero no me gusta poner esas cosas en ridículo, — respondió él riendo.

—¿Te acuerdas de la capilla en nuestra casa en Almada?

Allí habían pasado hermosas tardes. Al pie de la capilla había un atrio de hierbas altas y floridas, y las amapolas al menor soplo de viento, se agitaban como mariposas de alas encarnadas posadas allí.

¿Y aquel tilo donde hacía yo gimnasia, recuerdas?

—No hablemos del pasado.

—¿De qué quieres entonces que hable? El pasado es mi juventud. ¡El mejor tiempo de mi vida!...

Ella sonrió.

—¿Y en el Brasil, qué has hecho?

—¡Qué país! Hasta hice la corte á una mulata.

—¿Y por qué no te has casado?

—¿Te bromeas? ¡Con una mulata!—Luego con voz arrepentida y triste, murmuró:—Puesto que no me casé cuando debí hacerlo, ya no lo haré... permaneceré soltero.

—¿Y qué es el otro regalo, además del rosario?— dijo Luisa después de un silencio en que sus mejillas se tiñeron de púrpura.

—¡Oh! Son guantes para el estío, de piel de Suecia con ocho botones. Aquí lleváis guantes pequeños de dos botones que dejan al descubierto la muñeca. ¡Eso es horrible! ¡Después de lo que yo he visto, las mujeres de Lisboa se visten á cual peor! ¡Es atroz! No digo eso por ti, porque estás vestida con sencillez como toda mujer elegante con *chic*; pero en general es espantoso. ¡Qué *toilettes* tan frescas y tan

deliciosas este verano! En París todo es superior. Así es que desde que he venido, no puedo comer absolutamente nada. No hay como París para comer.

Luisa daba vueltas entre los dedos á su medallón de oro prendido al cuello por un terciopelo negro.

—¿De modo que has pasado un año en París?

—Un año delicioso. Ocupaba una habitación encantadora que había pertenecido á lord Falmaurth, calle de San Florentino; tenía tres caballos.

Recostándose mucho, con las manos en los bolsillos, murmuró:

—Hay que pasar por este valle de dolores lo más confortablemente posible. ¿Tienes algún retrato en ese medallón?

—El de mi marido.

—¡Ah! déjame verlo.

Luisa abrió el medallón. Basilio se inclinó. Ella entonces pudo aspirar el perfume delicado que exhalaban sus cabellos.

—Está muy bien, — dijo Basilio.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es sofocante el calor, verdad? — murmuró Luisa.

Se levantó y abrió un poco la ventana. El sol no daba ya en ella y un soplo de aire agitó los pliegues del cortinaje.

—Hace tanto calor como en el Brasil. ¿Sabes que estás más alta?

Luisa estaba de pie y la mirada de Basilio recorría todas las líneas de su cuerpo. Con voz suave, íntima, los codos apoyados en las rodillas y el rostro vuelto hacia ella, exclamó:

—Vamos, con franqueza. ¿Pensabas que yo vendría á verte?

—¡Qué pregunta! me hubiera enfadado si no...

oieras venido; tú, mi único pariente... Siento solamente que no esté mi marido.

—Precisamente porque sabía que no estaba, es por lo que...

Luisa enrojeció. Basilio mismo, confuso, continuó, reprimiendo una sonrisa:

—Quiero decir... tal vez él sepa algo de lo pasado...

—Tonterías... éramos niños.

—¡Niños!... Yo tenía veintisiete años.—Dijo Basilio sonriendo é inclinándose.

Siguió un momento de silencio embarazoso. Basilio retorciase el bigote y miraba distraído en torno suyo.

—Estás bien instalada aquí.

Luisa confesó que, efectivamente, no estaba mal. La casa, aunque pequeña, era cómoda y le pertenecía.

—Está perfectamente bien. ¿Quién es esta señora con lentes de oro?

E indicaba un retrato colgado en la pared, sobre el sofá.

—Es la madre de mi marido.

—¡Ah! ¿vive todavía?

—No, murió.

—Realmente es lo mejor que puede hacer una madre política.

Basilio bostezó ligeramente, miró las puntas de sus zapatos puntiagudos y con un movimiento brusco se levantó, tomando su sombrero.

—¿Ya te vas?—dijo Luisa.— ¿Dónde te alojas?

—En el hotel Central... ¿Cuándo nos volveremos á ver?

—Cuando quieras.

—¿Es permitido aun besar la mano de una anti-

gua prima?—preguntó Basilio sonriendo y tomando la mano de Luisa.

—¿Por qué no?

Basilio depositó sobre la mano de Luisa un largo beso acompañado de una dulce presión.

—Adiós,—dijo.

En el umbral de la sala, sosteniendo alzado el portier, se volvió:

—¿Crearás que hace poco, al subir la escalera, me preguntaba cómo iba á pasar todo esto?

—Todo esto, ¿qué?... ¿Si debíamos volver á vernos? ¡Seguramente! ¿Qué creías tú?

—Yo no creía que tú eras tan buena,—dijo Basilio después de un momento de vacilación.—¡Adiós, hasta mañan!

Al pie de la escalera encendió un cigarro.

—¡Diantre, qué linda está!—pensó.—¡Y yo qué bruto era—dijo tirando con violencia la cerilla— que casi había resuelto no venir! ¡Es apetecible la prima, mucho más que otras veces! Y sola en casa, frente á frente con el aburrimiento tal vez... ¡Bien vale la pena!

Llegó á la Patriarcal y llamó un cupé vacío; tendióse en él con el sombrero entre las rodillas, y en tanto los dos rocines trotaban, pensaba:

—Aparenta esmero en su persona, lo que es cosa rara aquí. Las manos están cuidadas, los pies son lindos.

Al recordar la pequeñez de aquel pie, sacó como conclusión en su pensamiento, una multitud de bellezas, tratando de adivinarlas.

La mujer que había dejado en París era más alta y más delgada, de una elegancia de tísica. Cuando se descotaba, se le veían los huesos de la espalda. Las formas redondas de Luisa acabaron de decirle.

—¡A ella, á ella! ¡Como Santiago á los moros!

Cuando Luisa oyó cerrarse la puerta de la calle tras de Basilio, entró en su cuarto, colocó su sombrero sobre el confidente, y fué á mirarse en el espejo. ¡Qué dicha haber estado vestida! ¡Si la hubiera encontrado en traje de casa ó mal peinada! Se vió con la cara encarnada, se dió polvos de arroz, y fué á la ventana, donde, con los brazos cruzados, se puso á mirar á la calle y al sol, que daba todavía en la pared de enfrente. Dieron las cuatro, y Leopoldina estaría seguramente comiendo. ¿Qué hacer hasta las cinco? Escribir á Jorge...; pero tenía pereza. ¡Hacia tanto calor! Y, además, ¡tenía tan poco que decirle! Empezó á desnudarse ante el espejo, mirándose mucho, y complaciéndose al verse tan blanca, acariciando la finura de su piel, entre bostezos lánguidos, de un cansancio feliz.

¡Siete años hacía que no había visto á Basilio.

Estaba más moreno, más tostado, pero quizá esto mismo le favorecía.

Después de comer, se sentó junto á la ventana, extendida en un sillón, con un libro abierto sobre las rodillas.

El viento había calmado, y el cielo, de un azul profundo, aparecía inmóvil; los pájaros piaban en una higuera silvestre.

De una fragua próxima salían martillazos continuos y sonoros, descargados sobre el yunque, moldeando el hierro. Poco á poco, el azul del cielo desvaneciése.

Hacia el ocaso, celajes anaranjados, se extendían como grandes pinceladas.

Después, todo se cubrió de una sombra difusa, silenciosa y cálida. Un lucero muy vivo lucía y temblaba en la altura. Luisa se dejó caer en el *voltaire* olvidada, absorta, sin pedir luz.

...la tan interesante la del primo Basilio—pensaba.— ¡Lo que ha visto! Si ella pudiese también hacer sus maletas, partir, admirar espectáculos nuevos y desconocidos; la nieve en los montes, relucientes cascadas... ¡Cómo deseaba visitar los países que conocía por las novelas! Escocia, con sus lagos melancólicos; Venecia, con sus trágicos palacios. Quisiera anclar en bahías donde un mar luminoso y rielante muere sobre la arena dorada; y desde cabañas de pescadores, donde viven las Graziellas, ver azulear á lo lejos las islas de nombres sonoros. Ir á París... París, sobre todo; pero ¡ah! nunca viajaría; eran pobres; Jorge era casero y tan apegado á Lisboa...

¿Cómo sería el patriarca de Jerusalém? ¿Sería un anciano de largas barbas blancas, recamado de oro, entre músicas solemnes y nubes de incienso? ¿Y la princesa de la Tour d'Auvergue? Debía ser bella, de una estatura real, viviría cercada de pajes. Tal vez se habría enamorado de Basilio... La noche obscurecía. Empezaban á lucir otras estrellas... Pero, ¿de qué servía viajar, molestarse haciendo equipajes, bostezar en los vagones, y cabecear de sueño en las frías madrugadas? ¿No era mejor vivir con un buen *confort* en una casita abrigada, permitirse una noche de teatro á veces, tener un marido tierno, y gozar de un buen almuerzo en las mañanas claras, cuando los canarios charlan? ¿Y no tenía ella todo esto para ser feliz? Entonces la acudió un melancólico recuerdo de Jorge. Deseaba abrazarle, tenerle allí, y encontrarle fumando su pipa en su despacho, bien abrigado con su chaqueta de terciopelo. Tenía todo; él, para que su mujer estuviese feliz y orgullosa, era guapo, con unos ojos magníficos, tierno, fiel. No la gustaría un marido con una vida sedentaria y casera, pero la profesión de Jorge era interesante.

Descendía a los tenebrosos pozos de las minas. Una vez había tenido que amenazar con sus pistolas a una brigada de obreros insurreccionados.

Era valiente; tenía talento. Involuntariamente, sin embargo, volvía a presentársela el primo Basilio, haciendo fluctuar su albornoz blanco en las planicies de Tierra Santa o en París, derecho en su faetón, gobernando con destreza los inquietos caballos; y esto le daba idea de otra vida más poética, más propia para lances sentimentales.

Del cielo estrellado descendía una luz difusa: ventanas iluminadas resplandecían a lo lejos, abiertas al soplo tibio de la noche. Los murciélagos revoloteaban.

—¿La señora no quiere luz?—preguntó desde la puerta la voz fatigada de Juliana.

—Póngala usted en el cuarto.

Luisa suspiró. Sentíase cansada.

—Sin duda es la tronada—pensó.

Fué a la sala, sentóse al piano: tocó al acaso fragmentos de *Lucía*, de *Sonámbula*, del *Fado*: deteniendo los dedos sobre el teclado, recordó que Basilio debía volver a verla al día siguiente. Volvió a comenzar el *Fado*. ¿Se pondría el vestido nuevo de *foulard*, color de castaña? Sus ojos se cerraban.

Se fué a la alcoba.

Juliana traía la lámpara. Venía arrastrando las chinelas, con un chal por los hombros, encogida y lúgubre. Aquella figura, con su aspecto de moribunda, irritó a Luisa.

—Parece usted la imagen de la muerte.

Juliana no contestó. Dejó la lámpara sobre la cómoda y recogió moneda a moneda el dinero de la compra. Con los ojos bajos, murmuró:

—¿La señora necesita algo?

—Váyase, mujer, váyase.

Juliana fué a buscar el quinqué de petróleo. Subió a su alcoba. Dormía en el sotabanco, cerca de la cocinera.

—¡Parezco la imagen de la muertel ¿eh?—murmuró furiosa.

El cuarto era bajo, muy estrecho, con la techumbre de madera, abuhardillado. Juliana dormía en un catre de hierro, sobre un jergón de paja, cubierto con una colcha de percal. De los barrotes de la cacerera pendían unos escapularios y la redecilla rizada que Juliana se ponía para sujetar el moño. Al pie de la cama tenía su gran arca de madera, pintada de azul. Sobre la mesa de pino estaba un espejo de mano, el cepillo de cabeza ennegrecido y casi pelado, un peine de hueso, y algunos botes con medicinas. El único adorno de la sórdida pared, rayada por las cabezas de fósforos, era una litografía de Nuestra Señora de los Dolores, y un daguerreotipo donde aun se advertía vagamente, las insignias y los bigotes empinados de un sargento.

—¿Está acostada la señora?—preguntó la cocinera desde la alcoba vecina, de donde salía un rayo de luz viva que cortaba la obscuridad del pasillo.

—Sí, señora Juana, ya está acostada. Hoy tiene mal humor. Le falta su hombre.

De tiempo en tiempo, Juana, revolviéndose, hacía cruzir la vieja madera de su lecho. No podía dormir. Se ahogaba.

—Pues no le digo nada aquí, en este paraíso,—murmuró Juliana irónicamente.

Para que entrase un poco el aire, abrió la claraboya que daba sobre el tejado. Se puso sus pantuflas de orillo, y fué al cuarto de Juana; pero se quedó en la puerta, sin entrar. Era doncella de labor y quería evitar familiaridades con la cocinera. Ha-

diase atado á la cabeza un pañuelo amarillo y negro. Su cara parecía más arrugada y sus orejas más separadas del cráneo. Su camisa descubría las clavículas descarnadas, y su enagua las canillas muy blancas y muy secas. Cruzó los brazos, y rasgóse lentamente los codos esqueléticos.

—Diga, señora Juana,—murmuró en voz baja.— ¿Aquel individuo ha permanecido mucho tiempo en casa? ¿Usted reparó bien?

—Salía justamente en el momento que usted entraba.

Juana sofocada de calor, casi descubierta, se rasaba furiosamente bajo su camisa burda, que plegada á usanza del Mino, dejaba sus pechos al aire.

Las chinches no la consentían un momento de reposo. Había nidos en aquella maldita alcoba. Juana jadeaba. Tenía el cuerpo lleno de picaduras.

Al pie de la cama, en una silla de madera, humeaba el quinqué de petróleo.

—¡Esto es un infierno!—dijo Juliana lastimera.— Yo nunca logro dormirme hasta de día... ¡Ah! tiene usted un San Pedro á la cabecera. ¿Es por devoción?

—Es el santo de mi mozo,—dijo la otra.

Después sentóse en la cama. ¡Uf! no podía con aquel calor, que además le causaba una sed espantosa.

Saltó del lecho y á grandes pasos que hacían temblar el suelo, fué á un jarro de agua y bebió un gran trago. La camisa ajustada, hecha con gran ahorro, de lienzo, dejaba ver la maciza construcción de las caderas, y la fuerza de sus formas.

—He ido á ver al médico,—dijo Juliana suspirando.— ¡Tiempo perdido! ¡Sólo Dios, sabe lo que yo tengo!

—¿Pero por qué siendo así, no se resolvía la se-

ñora Juliana, á que la viese la saludadora? Con seguridad, que la curaba. Vivía en el *Poso de los Negros*. Tenía oraciones y unguentos para todo. Solamente llevaba una moneda por la preparación...

—Lo que usted tiene son humores... Humores, sí, señora Juliana.

Juliana avanzó dos pasos en el cuarto. Cuando se trataba de enfermedades y de remedios, se volvía más familiar.

—Sí, he pensado que debía ver á esa mujer, pero cuesta mucho... Es precisamente el dinero que tengo apartado, para un par de botinas.

Las botinas, eran su vicio, la arruinaban. Las tenía de paño, con puntas de charol; de cuero, con lazos; de piel fina respunteadas, en color... Las guardaba en su baúl, bien limpias, y envueltas cuidadosamente en papel de seda.

Juana, la censuró:

—¡Primero es la salud, que los perendengues!...

Luego la cocinera, también se lamentó de su miseria. Había tenido que pedir á la señora un mes adelantado. Sólo le quedaban dos camisas andrajosas, por el estilo de la que traía.

—¡Pero, qué quiere usted, señora Juliana! Por aquellos días mi hombre necesitó dinero...

—Se deja usted comer por ese rapaz,—dijo Juliana con acento desdeñoso.

Juana la miró. Después, ahuecando con la mano la paja del jergón, suspiró:

—¡Aun cuando tuviera que roer los huesos. La última migaja de pan, sería para él!

Juliana tuvo una risa seca.

—¡Vale la penal!

Estaba celosa por la posesión de aquel amor, y por los góces que debía darle á la cocinera.

—¡Sí, vale la penal... Buen mozo, toma, el que

hoy visitó á la señora. ¡Mejor que su marido...! ¿Y dice usted que ha estado más de dos horas?

—Ya le he dicho que se fué cuando usted volvía.

En este momento, el quinqué de petróleo, se apagó, esparciendo un olor malísimo, y un humo negro.

—Buenas noches, señora Juana. Todavía voy á rezar mi rosario.

La cocinera se tendió con un movimiento tan brusco, que hizo crujir todas las tablas de la cama.

—Buenas noches, señora Juliana.

Juliana se alejaba á tientas.

La cocinera la llamó de entre las sábanas:

—Oiga si quisiera rezar tres Salves por la salud de mi novio, que ha estado enfermo, yo rezaría otras tres porque usted mejorara de su enfermedad del pecho.

—¡Pues sí, señora Juana!

—Pero reflexionando, murmuró:

—Lo del pecho va mejor; ahora tengo grandes dolores en la cabeza. Récele á Santa Engracia porque se me ponga bien la cabeza.

—Como usted quiera, señora Juliana.

—Sí, haga el favor. Buenas noches.

—Fué á su cuarto. Rezó y apagó la luz. Un calor irresistible caía del techo. Comenzó á faltarle el aire. Volvió á abrir la claraboya, pero el vaho caliente que venía de los tejados la sofocaba más. Así eran todas las noches, desde el comienzo del verano. Además, las maderas viejas hervían de bichos. Nunca, nunca, en cuantas casas había servido, tuviera un cuarto peor.

La cocinera comenzó á roncar al otro lado.

Juliana sentíase sola en aquella miseria y le pareció la vida más amarga que nunca.

Había nacido en Lisboa. Su nombre era Juliana Conceiro Tavira. Su madre fuera planchadora. Ju-

liana desde pequeña, había conocido en casa á un sujeto á quien llamaban en la vecindad *o fidalgo* y al cual su madre llamaba el señor don Augusto. Venía todos los días, por la tarde en verano, y en invierno por la mañana. Pasaba á la salita en que su madre planchaba y allí estaba horas y horas sentado junto á una ventana que daba á un patinejo, fumando y acariciándose en silencio su enorme bigote negro. Solía sentarse en un poyo de piedra adosado en el hueco de la ventana, y le ponían encima con mucho respeto una almohada de aire que Juliana soplabá.

Don Augusto era calvo y traía ordinariamente una chaqueta de terciopelo castaño y un sombrero alto blanco. A las seis levantábase, vaciaba el aire del almohadón, deteníase un momento á estirar las medias que le asomaban entre el pantalón y el zapato, y salía con su gruesa caña de Indias bajo el brazo.

Entonces, ella y su madre iban á comer en la mesita de pino, de la cocina bajo de un postigo junto al cual se balanceaban, de verano á invierno, las ramas de un árbol seco.

Por la noche, el señor don Augusto volvía, traía siempre un periódico; su madre le hacía torradas y se las servía con mucho amor. Muchas veces Juliana la había visto llorar de celos.

Un día, una vecina, á quien no quiso ayudar á lavar la ropa, enfurecióse y empezó á gritarla injurias y le dijo que su padre estaba en Africa por haber muerto á *El rey de copas*.

Poco tiempo después se puso á servir. Su madre murió algunos meses más tarde de una enfermedad del útero. Juliana sólo una vez volvió á ver al señor don Augusto.

Fué por cuaresma, vestido con la hoga lúgubre de

una cofradía en la procesión de los Pasos. Servía hacía veinte años. Como ella decía, mudaba de amos, pero no mudaba de suerte.

¡Veinte años que dormía en catres inmundos, levantándose al amanecer, comiendo los restos que otros dejan, vistiendo trapos viejos, sufriendo malas contestaciones y las palabras duras de los señores; yendo al Hospital cuando venía la enfermedad, volviendo á pasar hambre cuando la enfermedad acababa!...

¡Aquello era demasiado!... Ahora tenía días en que solo con ver la aguja de zurcir y la plancha, se le revolvió el estómago. Nunca se acostumbraría á servir.

Desde muchacha, su ambición había sido tener un pequeño comercio, un estanco, una tienda de quin-calla; disponer, gobernar, ser patrona; pero á pesar de las economías mezquinas, y las privaciones crueles, lo más que había conseguido juntar, habían sido unas cuantas monedas á fin de año. El horror al hospital era tan grande en ella, que cuando tenía alguna dolencia, se iba á casa de una pariente, y gastaba en médico y en botica el dinero tan dolorosamente ahorrado.

Desde su última enfermedad, había quedado muy debilitada. Perdió toda esperanza de restablecerse. Tendría que servir hasta la vejez, y pasar su vida de amo en amo. Esta certeza dábale un desconsuelo constante. Comenzó á agriarse su carácter.

Y después, no era hábil, no sabía sacar partido de las casas; veía á otras compañeras divertirse, visitarse unas á otras, pasar el día en la ventana, cantar, salir los domingos muy engalanadas y cuando las amas iban al teatro, abrir la puerta al novio y gozar del amor y de la soledad. Ella no. Siempre tuvo un carácter retraído. Hacía su obligación, co-

mía y se acostaba; los domingos, cuando nadie pasaba, ponfise en la ventana con el pañuelo extendido sobre el alfeizar para no estropear sus mangas, y allí estaba inmóvil con su vestido dominguero y sus zapatos de tacón. Otras compañeras eran queridas de las amas, se hacían humildes aduladoras, traían historias de la calle, recibían cartas para las señoritas, llevaban recados. Ella no podía avenirse con aquellos oficios. Era cuestión de carácter.

Apenas entraba en una casa, sentía en torno suyo la malquerencia. La señora le hablaba con sequedad y pocas veces; los niños tomábanle antipatía. Las otras criadas, si estaban bromeando, callaban apenas la figura tiesa y severa de Juliana aparecía; le ponían motes: *el haba seca, la bruja*, y otros por el estilo.

Imitaban sus movimientos nerviosos. Le inventaban coplas burlonas; sólo había encontrado algunas simpatías en los gallegos taciturnos; en los criados emigrados de la bella Galicia, llenos de un triste recuerdo de su patria, y que cumplían en las casas los más humildes menesteres.

Lentamente, comenzó á hacerse desconfiada y agresiva; tenía disputas constantes con sus compañeras. ¡No había de dejarse poner el pie en el pescuezo!

Ante las antipatías que le rodeaban, su carácter se exasperaba, y se hacía cada vez menos simpático. Comenzó á durar poco en las casas. En un solo año recorrió tres. Salía moviendo escándalos, dando gritos y batiendo las puertas, dejando á las amas pálidas y nerviosas...

La curandera, su vieja amiga, la tía Victoria, le tenía predicho:

—Tu acabarás por no tener donde arrimarte, y por faltarte el pan.

¡El pan! Aquella palabra, que es el terror y la dificultad del pobre, le asustaba.

Procuró dominarse. Comenzó á mostrarse como una pobre mujer, con celo afectado, con aire de sufrirlo todo, puestos los ojos en el suelo... Pero por dentro su espíritu se recomía. Verdeó de bilis. Viendo la inquietud nerviosa de los músculos de la cara, se comprendía que aquella mansedumbre era superficial.

La necesidad de dominarse, dióle el hábito de odiar, sobre todo á las amas, con un odio irracional y pueril.

Las tuvo ricas, con casas lujosas y pobres, mujeres de empleados; viejas y jóvenes, coléricas y pacientes; á todas las odiaba sin diferencia.

Era el ama y bastaba. ¡Por las más sencillas palabras, por los actos más triviales! Si las veía sentadas—“anda, descansa, que la negra trabaja.” Si las veía salir: “vete, vete, que la negra se queda cumpliendo tu obligación.”— Cada acto de ellas era una ofensa á su tristeza doliente; cada vestido nuevo, una afrenta á su vestido de merino teñido.

Detestaba la alegría de los niños y las prosperidades de las casas. Si los amos tenían alguna contrariedad, ó veía caras tristes, canturreaba todo el día con voz de falsete la *Carta adorada*. ¡Con qué gusto portaba á sus amos las cuentas de los acreedores cuando presentía que esto había de producir embaraço en la casa!

“—Este papel,— gritaba con voz estridente,— dice no se vá sin una respuesta.”

Todos los lutos la deleitaban. Bajo el chal negro que la habían regalado, tenía palpitaciones de regocijo. Había visto morir niños pequeños en algunas casas y jamás el dolor de las madres la había conmovido. Encogíase de hombros y decía:

—“Anda de ahí á hacer otro. ¡Cabral,”

Las palabras de amabilidad y condescendencia, eran perdidas con ella. Gotas de agua arrojadas en el fuego. Resumía á todas las amas en esta sola palabra: *una reina*. Detestaba las buenas por las vejaciones que sufría de las malas. El ama era para ella el enemigo, el tirano. Había visto morir dos y cada vez sentía, sin saber por qué, un vago alivio, una especie de disminución del peso que sofocaba su vida.

Siempre había sido envidiosa, y con la edad, aquel sentimiento se exajeraba.

Al envejecer, se hizo más odiosa su conducta. Las noches de *soiree*, de teatro, la exasperaban. Cuando había paseos proyectados si llovía de repente ¡qué felicidad! El aspecto de las señoras vestidas y de sombrero, asomándose á las vidrieras con un tedio infeliz, la regocijaba.

—¡Ay, señoral! ¡Es un temporal deshecho! ¡Llueve á cántaros! ¡Esto es para todo el día! ¡Mire usted, mire usted!

Juliana era además muy curiosa. Más de una vez la habían sorprendido delante de una puerta cerrada con el oído atento, y la escoba en la mano.

Cualquier carta que venía era examinada, vista del derecho y del revés... Curioseaba sutilmente en todas las gabetas abiertas, releía todos los papeles tirados en los cestos, tenía un modo de andar ligero é inquisitorial. Andaba en busca de un secreto, de un buen secreto. ¡Como le cayese entre manos!

Era muy golosa y nutría su deseo no satisfecho de comer bien, con pastelitos y entremeses. En las casas donde servía la comida, sus ojos enrojecidos espíaban ávidamente lo que cada comensal se servía, y si alguno repetía de un plato, exasperábase.

Era como una disminución de su parte. De andar siempre á caza de golosinas, su salud había empeorado. Gustaba del vino, y ciertos días, compraba una botella de moscatel y se la bebía sola, echada en su cama, saboreándolo lentamente, alzada levemente la falda para poder recrearse contemplando su pie.

A causa de su fealdad no tenía á nadie. Por orgullo y por despecho no se había ofrecido como otras muchas hacían, con los amos ó los criados de las casas. El único hombre que la había mirado con deseo había sido el mozo de una cochera, un galopín, de aspecto inmundo y facineroso. La delgadez de Juliana, su aire dominguero, habían excitado al bruto. La miraba con ojos de bulldog. A Juliana le inspiraba un sentimiento mezclado de horror y vanidad. El primer hombre por quien había sentido algo, era un criado bonito y emperejilado, que se había reído de ella, poniéndola el nombre de *la dama seca*. No contó más con los hombres, por despecho, por desconfianza de sí misma. Las rebeliones de la naturaleza las sofocaba en flatos. Pasaban. Pero la falta de aquel gran consuelo aumentaba la miseria de su vida.

Un día tuvo, al fin, una gran esperanza. Entró al servicio de la señora doña Virginia Lemos, una viuda rica, tía de Jorge, muy enferma, casi moribunda, con un catarro en la vejiga. La tía Victoria, la comadrona, la previno.

—Trata á la vieja con amor. Sé para ella una enfermera sufrida. Es rica y no tiene apego al dinero. Es capaz de dejarte una buena manda cuando muera.

Durante un año, Juliana, roída de la ambición, fué la enfermera de la vieja. ¡Qué celo! ¡Qué mimos! Virginia era muy gruñona, tenía un gran amor á

la vida. La idea de morir la enfurecía; pero cuando ella reñía, con su voz áspera y gutural, Juliana se mostraba más servicial, más cariñosa. La vieja acababa por enternecerse. Llamábala su providencia y cuando venían visitas, la elogiaba sin medida. Se la había recomendado mucho á Jorge.

—¡No hay otra, no hay otra!—exclamaba.

—¡Ay, has hecho tu fortuna!—la decía la tía Victoria;—por lo menos te deja una buena talega.

—¡Una buena talega! Juliana, de noche, cuando la vieja gemía en su antiguo lecho de palosanto, veía la moneda, de claridad refulgente, relucir en pilas de oro y plata, inagotables y prodigiosas. ¿Qué haría con el dinero? Mientras velaba á la cabecera de la enferma, con un cobertor en los hombros y los ojos dilatados y fijos, hacía planes: pondría una tienda de sombreros. Entonces percibía como un relámpago de nuevas felicidades no sospechadas todavía. Una talega era una dote; podría casarse, tener un hombre.

Acabarían las miserias. Comería lo que quisiera, su comida, no las sobras de otros. Mandaría, tendría una criada, su criada. Al pensar estas cosas, sentía en el estómago contracciones de alegría. Había de ser buen ama. ¡Pero que anduviesen derechas las criadas! Nada de contestaciones inconvenientes, ni de miradas iracundas. E impelida por aquellas imaginaciones, arrastraba sutilmente las chinelas por el cuarto, hablando sola.

—Nada, nada de consentir malos modales. Mantenerlas bien, eso sí, porque el que trabaja ha de comer...

La vieja exhalaba un suspiro aflictivo.

—Esa muere,—pensaba Juliana.—¿Morirá hoy?

Y su mirada ansiosa se fijaba en el cajón de la có-

moda, donde seguramente estaban el dinero y los papeles. En aquel tiempo la vieja quería beber: volvió á la cama.

—¿Cómo se siente?—preguntaba con plañidera voz.

—Mejor, Juliana, mejor.

—Siempre se supone mejor. Pero la señora ha estado inquieta,—decía Juliana, enojada de la mejoría.

—No, dormía bien;—y suspiraba la vieja.

—Eso no es dormir; la he oído quejarse. Ha estado toda la noche intranquila.

Quería convencerla de que estaba peor. Convencerse á sí misma de que el alivio era efímero y la vieja moriría pronto. Todas las mañanas seguía al doctor Pinto hasta la puerta con los brazos cruzados, con la cara triste.

—¿Entonces, señor doctor, no hay esperanza?

—Es cosa de Dios.

Quería saber los días... ¿Dos ó cinco?

—No se sabe, Juliana,—decía el doctor mientras se ponía sus guantes negros.—Unos cuantos días; siete ú ocho.

¡Ocho días! Y cómo la felicidad se aproximaba; ya había echado el ojo á tres pares de botinas que había visto en la vidriera de Manoel Lourenzo.

La vieja, por fin murió. No la mencionaba en el testamento. Juliana enfermó de rabia.

Jorge, agradecido por los cuidados que había tenido con su tía, le pagó un cuarto donde pudiese vivir algunos meses, y la prometió tomarla para criada de dentro, porque la que tenía, una muchacha muy bonita, pensaba casarse. Después, habiéndose agravado, le pagó una cama en el hospital. Cuando salió de éste para casa de Jorge, comenzaba á quejarse del corazón.

Venía desilusionada de todo: tenía algunas veces deseos de morir. Luisa, recién casada entonces, la halló desde el principio de aspecto antipático. Quiso despedirla á las dos semanas; pero Jorge no lo consintió. Estaba en deuda con aquella pobre mujer decía.

Luisa no podía disfrazar la antipatía y Juliana comenzó á detestarla y después la puso un nombre: *la piorrinha*.

Un día vinieron los mueblistas, que renovaron el mobiliario de la sala. La tía Virginia había dejado á Jorge tres contos de reis. En cambio ella, que durante un año fué su enfermera, humilde como un perro y fija como una sombra, sufriendo las incomodidades y las malas noches, había tenido por recompensa el hospital. Comenzó á odiar la casa.

Tenía para esto muchas razones, según decía. Dormía en un cubil infecto, no la daban vino ni postres. El servicio de plancha era pesado; Jorge y Luisa tomaban baño todos los días y era un trabajo penoso el vaciar y llenar diariamente la pila. Hallaba disparatada aquella manía de mojarse el cuerpo todos los días de Dios. Había servido á veinte años y nunca había visto semejante disparate. La única ventaja, decía ella á la tía Victoria, es que no hay niños: tenía horror á los niños. Aparte de esto, en contraba que aquel barrio era saludable y como tenía á la cocinera de su parte, podía regalarse con un caldo entre horas. Por eso permanecía en la casa. De otra manera, no habría aguantado una semana.

Hacía entre tanto su servicio y nadie tenía que reprocharle nada, y como perdiera la esperanza de establecerse, no se sujetaba al rigor de las economías y se permitía algunos tragos de vino dulce y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO